

al alma infundiendo  
sus vagos rumores  
extraños temores  
de mundo que no es.

Y se oye por las peñas  
sonar en las montañas  
de fieras y alimañas  
los pasos ó la voz,  
mostrando en sus sonidos  
sus cóncavos gruñidos,  
sus ásperos graznidos,  
ya agudos y ya graves,  
las fieras y las aves  
su natural feroz.

Y á cada tenue lamento,  
á cada salvaje son  
de ave ó fiera, de agua ó viento,  
se estremece el corazón.  
¿Y quién podrá en tal momento  
dar del desierto razón?

¿Quién puede los pasos seguir de Guarino  
por medio tan denso nocturno vapor?  
¿Quizá entre las peñas perdido el camino  
sepulcro escondido le dió su fragor!  
Porque, ¿quién los senos abrir del destino  
podrá, ni del crimen medir el horror?

¡Lenta, amarga, terrible es la agonía  
que su remordimiento al hombre da!  
Quizá á Guarino, al despuntar el día,  
sentado en el peñón le encontrará  
de sí mismo espantado todavía,  
muerto al impulso del dolor quizá.

La noche entretanto se pasa. Sumido  
monte, llano, río, desierto y ciudad  
en lóbrega noche, doquiera dormido  
cobijan al mundo el silencio y la paz.

[mento

Ni de hombre ni de fiera, gemido ni la-  
resuena por los senos de las montañas ya.  
Y sólo tal vez se oye el susurrar del viento  
ó el ruido del arroyo que murmurando va.

Rayó el siguiente día,  
y la rosada lumbre de la aurora  
tornó á ahuyentar la umbría  
nocturna obscuridad; encantadora  
con nueva juventud, con nueva vida,  
tornó naturaleza  
á mostrarse de nuevo enriquecida  
con doblada belleza.  
Y el día entraba apenas, cuando á lento  
cansado caminar, por la aspereza  
subía la montaña  
Wifredo, y de María á la cabaña  
llamó, llegado con pausado acento.  
Mas nadie dentro respondió; María  
ausente estaba de ella.  
Llamó á la de Guarino,  
mas ¡ay! estaba sola como aquélla.  
Siguió el Conde á la altura  
subiendo. Desde allí se descubría  
gran trecho de montaña y de llanura,  
mas no alcanzó á Guarino ni á María.  
A voces los llamó, mas á sus voces  
respondieron no más ecos lejanos,  
cuyos sonos livianos  
se llevaron las ráfagas veloces.  
A su gente llamó desesperado;  
corrió el pueblo exhalado;  
sus siervos, sus vasallos, sus amigos  
por doquiera los montes recorrieron;  
en lo espeso del monte se metieron,  
pero en vano en los montes se cansaron:  
¡ay! con el rastro de ninguno dieron.  
Presa el Conde de amargo sentimiento  
y de fiebre ardorosa,  
cercano de su muerte vió el momento,  
y á manos de su horrenda desventura  
lleváronle á su corte populosa  
su enfermedad rayando en la locura.  
Y el vulgo maldiciente  
se perdió de una en otra conjetura  
haciendo cada uno más obscura  
la historia y la razón de este accidente,  
y cada uno á su antojo  
á Dios ó á Satanás atribuyendo  
la oculta causa del suceso horrendo.

## SEGUNDA PARTE

### CAPÍTULO V

DE LA EXTRAORDINARIA ALIMANA QUE LOS MONTE-  
ROS DEL CONDE DE BARCELONA CAZARON EN LAS  
PEÑAS DE MONTSERRAT.

Un día y otro día  
de púrpura y de grana  
entre vistosos grupos  
de nubes y arrebol,  
igual, indiferente,  
nacer cada mañana  
para el alegre vemos  
y para el triste el sol.

Antrecha que ilumina  
la creación entera  
en torno de ella vueltas  
infatigable da;  
mas cuanto con su lumbre  
fecunda en la postrera  
tornándolo en estéril  
en la siguiente va.

El cubre los vallados  
de flores y verdura;  
él hace escaso arroyo  
lo que ancho río fué;  
él da á los secos árboles  
fructífera espesura;  
él cría el gusanillo  
que les corroe el pie.

Y al que hoy dejó llorando  
en abandono y duelo,  
mañana encuentra alegre  
y venturoso ya;

y al que dejó olvidado  
en su placer del cielo,  
mañana ve que hundido  
en el dolor está.

Las unas tras los otros  
los días y las horas  
del mísero Wifredo  
pasando van así;  
las últimas acaso  
de calma precursoras,  
que el bien ni el mal eternos  
jamás serán aquí.

Que en la mudable tierra  
por diferentes modos  
concluye todo luego,  
varía sin cesar,  
y al cabo en nuestros males  
nos consolamos todos  
de lo que ya ha pasado  
con lo que va á pasar.

Seis años se pasaron,  
y con la edad se fueron,  
si bien de sus pesares  
los torcedores no,  
los males que al sepulcro  
cercano le pusieron,  
y aun sus recuerdos casi  
el tiempo adormeció.

Sí, que aunque guarda enteras  
el alma de Wifredo  
las lúgubres memorias  
de su pasado mal,

no vienen como un día  
ministros de ira y miedo  
á perturbar sus sueños  
en círculo infernal.

No lloran ya sus ojos  
con lágrimas ardientes  
que abrasan sus mejillas  
la prenda que perdió;  
cesaron sus extremos  
esfuerzos impotentes  
en pos de lo que airado  
su Dios le arrebató.

Profunda, aunque templada,  
tenaz melancolía  
le prensa el amoroso  
paterno corazón;  
más grata si más triste  
le aduerme cada día,  
memoria, no esperanza;  
recuerdo, no ilusión.

Y así la vida pasa  
pacífica y tranquila  
en medio de su pueblo,  
que idolatrando en él,  
á distraer sus penas  
en derredor apila,  
atenta á su consuelo,  
su muchedumbre fiel.

Y en vítores y aplausos,  
en danzas y cantares  
los senos del palacio  
llenando sin cesar,  
de su señor ahuyentan  
los íntimos pesares,  
que sólo puede el tiempo,  
rodando, consolar.

Con corazón sencillo,  
leales los pecheros,  
sus brazos y sus tierras  
le vienen á ofrecer;  
y extrañas fieras y aves  
le cazan sus monteros,  
que de lejanas tierras  
le vienen á traer.

De su señor amigos  
los graves cortesanos,  
ancianos peregrinos  
le salen á buscar,  
que el ocio y el fastidio,  
del corazón tiranos,  
con mágicas leyendas  
le vergan á ahuyentar.

Y así la vida pasa  
pacífica y tranquila  
en medio de su pueblo,  
que idolatrando en él,  
para atenuar sus penas  
en su redor apila,  
atenta á su consuelo,  
la muchedumbre fiel.

Y un día que, en sus memorias,  
el buen Conde adormecido  
yacía, en silencio hundido,  
en un cómodo sillón,  
contemplando vagamente  
en la inmensa chimenea  
la llamarada que humea  
con el húmedo tizón,

Vino á distraer su oído,  
hiriéndole de repente,  
confuso rumor de gente  
de su casa en lo interior;  
y confusión y tumulto  
y pasos y gritería,  
que se iba acercando oía  
por vecino corredor.

Dejó el sillón azorado,  
y á aquel son extraño atento,  
la puerta del aposento  
abriendo, al dintel salió,  
deteniéndose asombrado  
al ver que sus corredores  
gente en tropel, con clamores,  
tan sin respeto invadió.

Las damas y las payesas,  
los artesanos y arqueros,  
los nobles y los pecheros,  
en revuelto pelotón,

avanzaban lentamente  
por sus estancias adentro,  
fija la vista en el centro  
de la inmensa reunión.

—¿Qué es esto?—exclamó Wifredo  
un paso á ellos avanzando.—  
¿Quién entra aquí así, turbando  
la quietud de mi mansión?  
Hablad: ¿qué sucede ahora?  
¿Hay en el puerto enemigos?  
¿Ó es vuestra turba traidora  
una osada rebelión?

¡Vive Dios! Ea, explicaos.—  
A cuyas voces airadas  
quedaron paralizadas  
las voces, quietos los pies.  
Y el Conde, viendo que nadie  
contestaba, de un montero  
asiendo, que iba el primero,  
le dijo:—Expílicate, pues.

—Señor—dijo éste turbado,  
la rodilla hincando en tierra;—  
no es movimiento de guerra  
lo que veis, no es rebelión;  
es que en Montserrat cazamos  
tres días ha una alimaña,  
que creímos, por lo extraña,  
digna de vuestra atención.

Miradla.—Y así diciendo,  
la multitud dividiendo  
ante los ojos del Conde  
la alimaña presentó.  
Y en redor de ella y Wifredo,  
círculo extenso formando,  
la alimaña contemplando  
la muchedumbre quedó.

Jamás miraron sus ojos  
una bestia más extraña,  
ni en los ámbitos de España  
la halló hombre alguno jamás,  
ni de su forma recuerdo  
guardó nadie en su memoria,  
ni de ella en escrita historia  
habló algún sabio quizás.

Era del jerbo y del mono  
término, ó compuesto acaso:  
del jerbo tenía el paso,  
del mono la formación.  
La mirada melancólica  
su interior pena exprimía,  
y sus miembros encubría  
largo y espeso vellón.

Ni mostraba á los amagos  
ruda y salvaje fiereza,  
ni á los hombres extrañeza,  
ni á las caricias placer.  
Mas de pavor con extremos  
constantemente esquivaba  
su mano, si la llegaba  
á halagarle una mujer.

Absorto miraba el Conde  
aquel ser desconocido,  
dentro la jaula encogido,  
insensible al parecer;  
y por más que le miraba,  
y por más que discurría,  
la raza desconocía  
más de que pudo nacer.

Mandó luego á sus monteros  
que en su salón le pusieran  
y allí libertad le dieran  
para ver su condición;  
pero la bestia su jaula  
no abandonó un solo instante,  
permaneciendo constante  
en la misma posición.

## CAPÍTULO VI

DE LA EXTRAÑA METAMORFOSIS DEL ENJAULADO  
MONSTRUO

Y fué por la ciudad de boca en boca  
la relación cundiendo  
de aquel monstruo cazado en una roca;  
y así se fué extendiendo  
por Cataluña entera,  
relato extraño haciendo,  
quitando y añadiendo  
del caso cada cual á su manera.

Y de todo el condado  
por ver el monstruo á la ciudad venía  
el pueblo apresurado;  
y el Conde permitía  
que el palacio invadiera  
y el monstruo contemplara  
y su curiosidad satisficiera.  
Llegaba, le veía,  
se admiraba en silencio  
el vulgo, se salía  
y á su hogar se volvía  
ó absorto ó satisfecho,  
y contaba después á sus vecinos  
lo que en la capital había hecho,  
jurando que era el monstruo  
de los más peregrinos.  
El buen Conde entretanto  
conservaba al tal monstruo en su aposento,  
y á su tranquila condición atento,  
la jaula noche y día  
abierta le tenía;  
pero jamás el monstruo la dejaba,  
aunque claro Wifredo conocía  
que cuando él de su cuarto se ausentaba  
de su jaula salía  
y por el cuarto en derredor andaba.  
Consideraba el Conde  
cada vez con más duda y extrañeza  
su incógnita para él naturaleza.  
Su forma casi humana,  
su sobriedad extrema y mansedumbre,  
la adquirida costumbre  
de estar al parecer de buena gana  
en su jaula metido  
y acurrucado siempre y encogido;  
su inteligencia rara  
y la expresión de su velluda cara;  
sus manos y sus pies á los del hombre  
semejantes, traían confundido  
al Conde, que del ser desconocido  
no podía marcar raza ni nombre.  
Ni caricias y halagos,  
ni castigos y amagos  
pudieron arrancar de su garganta  
ni en su exterior marcaron  
un gesto de amenaza ni un gemido.  
Los criados tal vez le maltrataron,  
y los perros de caza,  
que alguna vez adonde estaba entraron  
con ademán furioso,

á la jaula llegaron.  
El empero, ni hostil ni temeroso  
se mostró; indiferente  
sufría y silencioso  
tranquila y mansamente.  
Poco á poco esta calma  
y extraordinaria abnegación hicieron  
de Wifredo en el alma  
incomprensible sensación, y al cabo  
de curiosa extrañeza  
pasó á ser compasión; hízola luego  
costumbre la continua compañía,  
y al cabo la costumbre  
pasó á ser afición, luego cariño;  
y vino al fin un día  
en que el Conde pensó con pesadumbre  
que apartarse tal vez fuerza sería.  
La monstruosa alimaña  
por su parte también mostraba al Conde  
una afición extraña.  
Sumisa á sus antojos  
admitía contenta sus caricias,  
y á veces notó el Conde  
lágrimas desprendidas de sus ojos.  
Mostraba claramente su alegría  
cuando el Conde hacia ella se llegaba,  
y tristeza en sus ojos se veía  
si de ella se apartaba;  
y cuando el Conde hablaba  
como si le entendiera le atendía.  
Mil veces la memoria  
de la hija que perdió tan tristemente  
le asaltaba la mente;  
y el amoroso corazón transido  
con el pesar de tan amarga historia  
ponía al Conde mustio y abatido,  
y lloraba á sus solas tristemente.  
Contemplábale el monstruo de hito en hito  
y lloraba también, y su semblante, [to,  
mustio bañaba en expresión doliente.  
Muchas veces delante  
de sus nobles amigos,  
de su desdicha y su dolor testigos,  
recordada aquella hija malhadada,  
encanto de su vida,  
por él tan ciegamente idolatrada,  
y á su paterno corazón perdida.  
El monstruo entonces trémulo, encogido,  
en medrosa postura,  
y en el hueco más lóbrego escondido

de su jaula, mostraba una amargura  
que natural hubiera parecido  
en otro sér que comprender pudiera  
del paterno dolor la causa entera.  
Y en aquellos momentos,  
su dolor expresando  
con sonos guturales,  
semejaban su voz y sus lamentos  
ayes de una persona que llorando  
las palabras ahogando  
exhalara suspiros, naturales  
en quien está su angustia sofocando.  
Esta rara tristeza,  
que afinidad secreta y misteriosa  
con la tristeza paternal tenía  
entre el Conde y el monstruo, fácil cosa  
de entender es, que entre ambos  
vino al fin á doblar la simpatía.  
Y acostumbrado el Conde  
de la sumisa fiera  
á la salvaje sociedad, tenía  
entre los animales destinados  
á su servicio ó diversión el puesto  
é importancia primera.  
Y por temor que alguno la ofendiera,  
los lebreles estaban atraillados,  
los neblíes yalcones enjaulados.  
Y de aquesta manera,  
su casa y su condado manteniendo  
en paz con sus cuidados,  
iban días y meses transcurriendo.

Una mañana fresca y luminosa  
del florecido Mayo,  
en que el sol de su luz en cada rayo  
un hilo vibra de color de rosa,  
y el trecho que su luz abarca y ciñe  
de este color purísimo se tiñe,  
en una galería  
que da al jardín de su palacio, y tiene  
para él una escalera, y comunica  
del Conde con el gótico aposento,  
en un hondo sillón arrellenado  
el buen Conde Wifredo  
goza el ambiente puro y perfumado,  
tranquila el alma y el semblante ledo.  
Las hojas de los árboles frutales  
orean susurrando los botones

do las flores tempranas  
señalan el lugar en que más tarde  
brotarán odoríferas manzanas,  
rojas cerezas y ácidos limones.  
Y al manso soplo de la errante brisa  
tomando movimiento  
sobre los tallos las abiertas flores,  
embalsaman el aura, y el aliento  
que Wifredo respira  
se inunda en salutíferos olores.  
Los nuevos ruiseñores,  
generación de aquella primavera,  
sus alas y sus picos ensayando  
le regalan la vista y el oído,  
tímido vuelo alzando  
en derredor del nido,  
y en la garganta armónica probando  
el canto no aprendido.  
Las leves mariposas  
sus alas de colores  
estremecen vagando entre las flores;  
y las pardas avejas codiciosas  
el néctar de sus cálices libando  
vuelan en torno de ellas susurrando.  
Mil insectos distintos,  
mil diversos reptiles,  
conforme cada cual á sus instintos,  
llenan auras y céspedes á miles;  
y el agua que se escapa  
del estanque horadado,  
en transparentes hilos  
y en gotas cristalinas  
los pies fecunda de frondosos tilos.  
Lilas blancas y rosas purpurinas  
que, orlando los linderos  
de los anchos senderos,  
en cauces desiguales  
con las fuentes vecinas  
van á mezclar sus líquidos cristales.  
Y á esta del mundo incógnita armonía,  
y vida universal y movimiento,  
el Conde, en el sillón en que yacía,  
allá en su puro corazón sentía  
nueva vida bullir y nuevo aliento.  
Y en dulces esperanzas divertido,  
del porvenir obscuro en las regiones,  
tenía el pensamiento entretenido  
en pos de mil quiméricas visiones;  
é iba de ellas en pos tan abstraído,  
que ni aun sintió á sus pajes,

que llegando uno á uno  
 su servicio á ofrecerle, uno tras otro  
 en silencio quedaron,  
 y á distraerle sin osar ninguno,  
 detrás de su sillón se colocaron.  
 Sus miradas tendían,  
 la dirección buscando,  
 que las miradas del señor seguían,  
 y en las ramas y flores se perdían,  
 objeto allí de admiración no hallando.  
 ¡Ay, triste del que necio sus miradas  
 por un jardín en primavera extiende,  
 y que sea á otros ojos  
 de admiración objeto no comprende!  
 En tal instante, el Conde, rodeado  
 de sus callados pajes, y tendido  
 sobre su ancho sillón, junto á la puerta  
 del corredor traído,  
 el monstruo acurrucado  
 en su jaula entreabierta,  
 apareció por el jardín viniendo,  
 á su señor la joven jardinera  
 un ramo hermoso á su señor trayendo  
 de las primeras flores  
 que hizo dar al jardín la primavera.  
 En casilla apartada,  
 y en una punta del jardín alzada,  
 á aquella jardinera daba el Conde,  
 con su esposo, morada.  
 Rústico el jardinero, inteligente  
 cultivaba el jardín, eternamente  
 asido de la azada,  
 del hacha y de la corva podadera,  
 dejando á su mujer, más despejada,  
 de los demás negocios encargada.  
 Ella, pues, aunque pobre y campesina,  
 cuando moza soltera,  
 dulcificó sus rústicos modales,  
 y era lo cortesana  
 que pudo ser jamás una villana.  
 Agradecida á su señor, y atenta  
 á mantenerse de él siempre en la gracia,  
 su obligación tenía en mucha cuenta.  
 Y los primeros frutos  
 y las primeras flores  
 á su señor venían en tributos,  
 ya en primorosos ramos y hacecillos,  
 ya en pintados y frescos canastillos;  
 y en dulce paz y en íntima armonía  
 esta pareja así feliz vivía,

y á sombra del palacio  
 ornaba más y más enriquecía  
 del jardín el espacio,  
 donde á par de las plantas de cultivo  
 su rubia prole sin afán crecía  
 en sus dos revoltosos muchachuelos,  
 de su madre á la par retrato vivo.  
 De ellos con uno en brazos,  
 que apenas meses seis aún no cumplía,  
 la jardinera al corredor subía,  
 tendiendo él sus rosadas manecitas  
 á las flores del grueso ramillete,  
 y ella sonriendo  
 «míralas qué bonitas»  
 junto al rostro ponérselas diciendo.  
 Contemplábala el Conde complacido  
 llegar á él con el infante en brazos,  
 y el ramo de sus manos admitido  
 tendió los suyos al hermoso niño  
 con expresión de cándido cariño.  
 Mas el alegre infante,  
 sin fijar en el Conde su mirada,  
 tornó atento el semblante  
 á la fiera en su jaula acurrucada.  
 Dormía el monstruo al parecer, sumido  
 en su quietud estúpida,  
 y el niño le miraba distraído,  
 sin que de la afanosa jardinera  
 ni del risueño Conde á los halagos  
 el parvulillo su atención volviera.  
 A la tenacidad de esta mirada  
 en el monstruo clavada,  
 la suya al par siguiéndola tendieron  
 cuantos en torno había  
 á la fiera enjaulada  
 Ya el monstruo no dormía;  
 como si la mirada del infante  
 en la suya inflamara oculto fuego,  
 sus ojos abrió luego  
 y en los del niño los clavó anhelante,  
 permaneciendo inmóviles sus pupilas  
 cual si ante el niño se sintiera ciego.  
 Entre ambos atracción tan misteriosa  
 llamando al punto la atención entera  
 del Conde y de los suyos, en silencio  
 aguardaban el fin á que vendría  
 esta atracción del niño y de la fiera.  
 Mas á los pocos momentos  
 de estar el uno sobre el otro fijo  
 contemplándose atentos,

cuánto el asombro universal sería  
 oyendo al niño, mudo todavía,  
 que con sonora voz al monstruo dijo:  
 «Levántate, Guarino; harto te abona  
 »en el juicio de Dios y tu conciencia  
 »tu larga penitencia.  
 »Vuelve, pues, á tu ser; Dios te perdona.»  
 Y el monstruo su prisión abandonando  
 y su salvaje estupidez perdiendo,  
 la antigua humana forma recobrando  
 se arrojó, á los cielos extendiendo  
 los brazos penitentes  
 la omnipotencia del Señor mostrando  
 á la faz de las gentes;  
 y asombrados dejando  
 á cuantos hubo en la ocasión presentes  
 la extraña metamorfosis mirando.  
 Luego á los pies del Conde  
 postrado humildemente  
 —Herid, señor—decía;—  
 la justicia de Dios omnipotente  
 quiere sin duda que la culpa mía  
 expie á vuestros pies; hollad mi frente.—  
 Y el buen Conde, que apenas comprendía  
 lo que decir quería,  
 respetuosamente  
 la mano le tendía  
 diciendo:— Levantad, que en quien Dios  
 prodigio semejante, [obra  
 cualquiera humillación será de sobra  
 de otro mortal delante.—  
 Mas viendo que obstinado  
 permanecía ante sus pies de hinojos  
 llanto vertiendo de sus tristes ojos,  
 mandó que todo el mundo despejara;  
 y cuando todos estuvieron fuera,  
 diálogo en soledad, y cara á cara,  
 se entabló entre los dos de esta manera:  
 .....  
 .....  
 Mas lo que dijo al Conde el penitente  
 relatará el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO VII

EL CONDE Y GUARINO

EL CONDE

Quienquiera que seáis, vos en quien tales  
 prodigios obra omnipotente Dios,

alzaos, y éste que alcanzar no puedo  
 explicadme.

GUARINO

Pues bien, oid, señor.

Tenáis una hija hermosa y pura,  
 fruto gentil de vuestro casto amor,  
 fragante flor que embalsamaba el vaso  
 de vuestro amante y noble corazón.  
 Un rayo que en la atmósfera nublada  
 el infernal espíritu inflamó,  
 en sus ojos ahogó la luz del día;  
 y en nombre del altísimo Hacedor,  
 con esperanza de milagro fácil,  
 un monje en Monserrate os señaló,  
 por cuyas oraciones vuestra hija  
 tornó á ver y gozar la luz del sol.  
 De fundar un suntuoso monasterio  
 con piadosa y rectísima intención  
 del ermitaño á cargo vuestra hija  
 en la fragosa soledad quedó.  
 Mas ¡ay! En vano en el siguiente día  
 buscóla allí vuestro paterno amor,  
 ni ella ni el eremita en sitio alguno  
 fueron de nadie vistos hasta hoy.

EL CONDE

Mas ¡á qué renovar en mi memoria  
 el manantial oculto de dolor,  
 que las corrientes hasta entonces puras  
 del mar de mi existencia envenenó?

GUARINO

¡Ay de mí! Vuestra historia con la mía  
 mantiene tan estrecha relación,  
 que para hablaros de mí mismo, fuerza  
 ha sido que os hablara antes de vos.  
 Aquel santo eremita que los ojos  
 de María á la luz á abrir volvió,  
 aquel á cuyas férvidas plegarias  
 tan singular prodigio obró el Señor,  
 en lugar de velar por la ovejuela  
 que á su cuidado inerte se entregó,  
 lobo inhumano se tornó contra ella  
 en su sangre bañándose feroz.

EL CONDE

¡En su sangre!